

Piratas y corsarios en el Lago de Maracaibo (Siglo XVII)*

Carlos Villalobos León**

Universidad de Los Andes. Mérida–Venezuela.

Resumen

La región económico-geográfica del Lago de Maracaibo, desde la isla de San Carlos al norte, hasta Gibraltar al sur, fue escenario –durante el siglo XVII– de frecuentes incursiones de filibusteros europeos, quienes incursionaban en el estuario en procura de botines en numerario y joyas, así como también de avituallamiento, aprovechando la disminuida defensa militar hispánica de esta zona costera. Los corsarios actuaban contra las poblaciones ribereñas de acuerdo con los criterios personales de sus comandantes de escuadra y la política de sus respectivos países de origen frente a la Corona Española. Maracaibo y Gibraltar fueron intermitentemente diezmadas por filibusteros holandeses, ingleses y franceses, como consecuencia de toda esa situación.

Abstract

Considerations are made on the geographical situation of the Maracaibo Lake coast –from San Carlos (north) to Gibraltar (south)- under Spain control, with a light military defense. The region was frequently visited by european pirates and corsairs (Deutchmen, British and Frenchs) looking for booty (jewels and money) and also provisioning. The criterias followed by the buccaneers in selecting that coast were both personal ones and the political relation between their countries and the spanish crown.

Palabras Clave: filibusterismo, monarquía española, monopolio comercial, mar Caribe, Lago de Maracaibo.

Key word: Pirates. Corsairs and buccaneers. Spanish monarchy and Venezuela (XVII century). Commercial monopoly. Maracaibo Lake.

* NOTA DEL COMITÉ DE EDITORES: Ponencia presentada en el Simposio “*El Lago de Maracaibo en la Historia Nacional: a 500 años del arribo de Alonso de Ojeda (1499-1999)*”, Maracaibo-Estado Zulia: Septiembre 28 a Octubre 1º de 1999; la misma fue sometida a la consideración de **Presente y Pasado. Revista de Historia** para su publicación en Noviembre de ese año y aprobada por el Comité de Arbitraje en Diciembre del mismo.

** Licenciado en Historia (Universidad de Los Andes: 1973). Ha sido docente en Educación Media, el Ince-Zulia y las escuelas de Historia y Letras de la U.L.A. Fue uno de los iniciadores, en 1975, del rescate y la organización del Archivo Histórico de Mérida. Desde 1998 coordina el Centro de Información y Documentación en Educación Superior “Dr. Justo Miguel Bonomié” (adscrito a PLANDES) de la U.L.A.0 Es colaborador del Grupo de Investigación sobre Historiografía de Venezuela.

“Tuvo en todo tiempo nuestro Lago la desgracia de excitar con la riqueza de sus poblaciones ribereñas la avaricia de aventureros y piratas: desde las depredaciones de los tudescos en nombre de la conquista, hasta los filibusteros del siglo XVII, y desde éstos hasta los aventureros de las guerras civiles, con procedimientos semejantes, el filibusterismo ha tenido una especie de encadenamiento histórico en nuestras aguas”

Eduardo López Rivas. Palabras iniciales de la primera entrega de la serie “Los filibusteros en el Lago” en *El Zulia Ilustrado*, Nº 20. Revista Mensual, Maracaibo, Julio 1890.

“...El Vascongado convirtió la iglesia principal en cuartel, y ocupó las mejores casas de la ciudad, donde encontraron gran cantidad de provisiones, aves de corral, brandy y vinos. Al día siguiente enviaron una partida de 160 hombres a recorrer los bosques en solicitud de botín y prisioneros, partida que regresó por la noche con 20.000 piezas de a ocho, muchas mulas cargadas con valiosas mercancías y veinte prisioneros que fueron sometidos al tormento para que dijese donde habían ocultado su dinero”.

Thomas Southey. “Chronological History of the West Indies”, Londres, Longman-Rees Editores, 1827, 3v. Traducción de E. López Rivas, *El Zulia Ilustrado* Nº 20. Revista Mensual. Maracaibo, Julio 1890.

Párrafos preliminares

Entre tantas vivencias que la Historia depara en su discurrir queremos exponer en este Simposio “*El Lago de Maracaibo en la Historia Nacional: a 500 años del arribo de Alonso de Ojeda (1499-1999)*” acerca del interés que tenían piratas o filibusteros para adentrarse hasta esta formación acuática natural y desembarcar en las poblaciones costaneras y allende éstas, en lo que distintos historiadores han coincidido en llamar “correrías”.

Acerca del tema del filibusterismo en América, comentaba Eduardo López Rivas, a finales del siglo XIX, que era necesario recurrir a las obras que sobre la temática habían escrito historiadores ingleses,

holandeses y franceses, pues para finales de aquella centuria no se habían publicado aun obras sobre el tema por parte de autores de habla española ni, tampoco, traducido ellas al castellano. Advierte, por tanto, que su ensayo, expuesto en entregas aparecidas durante casi dos años en El Zulia Ilustrado, revista mensual que él dirigía desde 1887, se fundamentaba en las traducciones que a motu propio realizaba de las obras de Pierre-Francois Xavier Charlevoix (*Histoire de L'île Espagnole ou de Sainte Domingue*); de Hubert Howe Bancroft (*History of Central America*); de Thomas Southey (*Chronological History of the West Indies*) y de Alexandre-Olivier Exquemeling o Henry Smeek (*Buccaneers of America*). De la de éste último, podría decirse que fue López Rivas, quizá, el primero en hacer traducción del texto del francés al español, para su uso, obviamente. Del flamenco al galo, en el siglo XVII o XVIII, lo había traducido un servil de la corona española que se autodenominó “Le Docteur de la Belle Maison”, según acota Enrique Sordo, traductor de la primera edición española¹.

En cuanto a la producción bibliográfica editada en español durante el siglo XX, que en parte subsanaría la advertencia de López Rivas, encontramos una prolífica edición de obras que resaltan la temática del filibusterismo en América y en Venezuela. Resaltamos, al efecto, entre otras, la obra ya citada de Alexander Exquemeling (*Piratas de América*); la de José Hernández Ubeda (*Piratas y Corsarios*, Madrid, 1995); la de Manuel Lucena Salmoral (*Piratas, bucaneros, filibusteros y corsarios en América*, Barcelona, 1992 y Caracas, 1994), y de nuestro país el ensayo de Mario Briceño-Iragorry (*Los Corsarios en Venezuela. Las empresas de Grammont en Trujillo y Maracaibo*, Caracas, 1931); de Rafael Cartay Angulo (*Ideología, Desarrollo e Interferencias del Comercio Caribeño durante el siglo XVII*, Caracas, 1988) y el más reciente e interesante trabajo de Luis Britto García (*Demonios del Mar. Piratas y Corsarios en Venezuela, 1528-1727*, Caracas, 1998). Todas las señaladas obras se han consultado para esta exposición, compendiando, clarificando y actualizando datos mediante consultas de otras fuentes, tipo documentales y hemerográficas, que den originalidad al presente escrito.

El lago y el filibusterismo

Varios eran los núcleos poblacionales asentados en las riberas del Lago², cuya actividad económica resultó, a posteriori, de importancia si se considera la escasa preponderancia geopolítica que el estado español confería a la Gobernación de Venezuela y a todas las jurisdicciones costaneras de Tierra Firme ubicadas entre Araya y Urabá. Las exploraciones militares practicadas desde inicios del siglo XVI hasta inicios del siglo XVII, consagradas o no en fundaciones de villas permanentes, indicaban a la monarquía hispánica que estas tierras ribereñas, además de casi estériles y agrestes, no estaban tampoco, dotadas por la naturaleza de yacimientos de metales preciosos dignos de explotarse con intensidad.

A pesar de que la historia registra constantes asentamientos poblacionales, con repartimientos, encomiendas y mercedes de tierras en el occidente de Caracas, más común que en el oriente y sur del mismo territorio, también es cierto que la inmensa diferencia productiva minera de estas regiones frente a las muy ricas en metales zonas de Nueva España y el Cuzco, o de la geográficamente estratégica isla Hispaniola y del sitio de Portobelo, hacía peso inmenso en la política de Indias para otorgar mayor atención estatal a las localidades del Nuevo Mundo que rendían mejores tributos pecuniarios que aquellas, como Venezuela y Confines, por ejemplo, de donde provenían, escasamente, productos agrícolas, cueros y salazones, entre otros productos.

En fin, la Corona Española careció de una diferenciada y certera concepción político-económico-militar hacia Indias, como conjunto geohistórico, en la cual se conjugaran sólidos estatutos jurídicos, expedita planificación económica y suficiente dotación de fuerza militar terrestre y naval, pertrechada en instalaciones asaz inexpugnables para enemigos. Estas falencias permitieron a los filibusteros europeos triunfar en el mar, ufanar en tierra, enriquecer a las coronas enemigas de España y disfrutar —en lo personal— los botines con que se saciaban en costas del Nuevo Mundo.

Estas debilidades de la monarquía habsburga, principalmente y, en menor medida, de su sucesora borbona, permitió a los intermitentes siempre mismos enemigos político-militares de España en Europa, expoliar a las poblaciones civiles y resguardos militares de tierra firme e ínsulas mediante correrías filibusteras y a la armada española mediante sangrientos abordajes en alta mar. Súmese a ello el silente y rutinario contrabando, practicado hacia y desde regiones donde la debilidad de la defensa hispana era endeble. Ejemplo de penetraciones hacia bien entrado continente fue la correría del filibustero galo François Grammont hacia el Lago de Maracaibo, en 1678, quien ocupó y saqueó a Maracaibo, Gibraltar y ascendió hasta Trujillo, en acción depredadora que duró casi cinco meses consecutivos. Grammont, luego de noticiarse acerca del acuerdo de paz y de mancomunidad de defensa marítima, suscrito para entonces entre España y Holanda, se retiró hacia la isla La Tortuga, sede central de la cofradía *Les Frères de la Côte*. Poco después, a son de pirata que no de corsario, ejecutó nuevo ataque contra La Guaira, sin que acá ni en Puerto Cabello ni en Margarita fuerzas defensivas españolas, suficientemente aprovisionadas, contuviesen sus arremetidas saqueadoras, Igual como acontecía desde mediados del siglo XVI en casi toda Hispanoamérica.

A España, como casa real, le bastaba para sus lujos de corte rica europea el oro y la plata que sus convoyes lograban acercar a Cádiz, muchas veces sorteando fuertes asedios de los filibusteros. Sus inversiones para custodiar las costas americanas y fortificar a las poblaciones allí asentadas se hacían con mucha modestia, principalmente, en las regiones donde se embarcaban los metales preciosos, ejemplo Cartagena de Indias o El Callao. En menor medida se gastaba en Pampatar, El Vigía de la Guaira, San Felipe El Fuerte o en la isla de San Carlos, sitio este muy estratégico para Maracaibo y Gibraltar (emporio costero del sur del Lago, acceso hacia los Andes).

Grammont, verbigracia, no avanzó desde Trujillo, o bien desde Gibraltar, hacia Mérida o hacia El Tocuyo, cuestión que sin embargo

discutiera con sus cófrades según anotó Exquemeling, pues supo que conocida su presencia en el Lago la gente de la Sierra Nevada había hecho éxodo masivo hacia La Grita y Pamplona y Carora y que en El Tocuyo se esperaban refuerzos militares de Caracas para retarle. Además, como ya se dijo, Grammont conocía del re-entendimiento internacional entre Madrid y La Haya que le obligaba honrar para su curso.

Visión descriptiva del Lago y de su economía a finales del siglo XVII

Desde el punto de vista económico, entre la época cuando Alonso de Ojeda entró con sus naos al Lago de Maracaibo (1499) hasta finales del siglo XVIII, inclusive, lo más resaltante ocurrido en esta parte de la geografía venezolana fue el intenso y lucrativo tráfico comercial lacustre interno. También resalta el crecimiento demográfico de Maracaibo, constituido, sin discusión, en importante centro de actividad mercantil de importación y exportación. En términos comparativos modestos, Maracaibo fue a los Andes de Venezuela y al oriente de la Nueva Granada lo que Veracruz fuera a Nueva España.

Para que esta importancia fuera de realce, una actividad paralela de índole agrícola se manifestaría en las costas sureñas del Lago: la producción cacaotera. Gibraltar estaba a la cabeza de un corredor lacustre donde la explotación agrícola se hizo con abundante mano de obra esclava, venida indistintamente desde Las Antillas francesas, holandesas e inglesas. Allí confluía su cacao con los producidos en los lugares de Santa María, San Antonio, Bobures, Palmarito, La Ceiba, Motatán y varios sitios más. Creció el grano gracias a la bondad de sus suelos, al sudor de los negros africanos y a la inversión de capitales hecha, principalmente, por blancos españoles radicados en Mérida y Trujillo. El destino de la producción cacaotera gibraltareña era Europa, con escalas en Maracaibo y otros puertos caribeños, acatando la política de flotas mercantes establecida por el monopolista estado español. La Corona había

favorecido ampliamente a los Cabildos de Mérida y Trujillo para que repartiesen tierras, al sur del Lago, entre vecinos de sus jurisdicciones. Sus vegas eran climatológicamente feraces pero fértiles y de densa vegetación, con abundantes quebradas y ríos, gracias a los cauces que las montañas andinas vaciaban hacia el Lago, bañando y nutriendo riberas. En síntesis, un trópico de treinta y cinco grados o más de temperatura medioambiental, propicio para la rápida germinación de la semilla marrón, para gruesos tallos de los arbustos y para el grande fruto.

A su vez, los navíos propiedad de marinos y mercaderes asentados en la villa maracaibera, proveían con asiduidad a los pobladores sureños: principalmente de sal, apetecida en los páramos, que provenía de los blanquizales de Salina Rica y Los Filúos, términos de Monteclaro, predio de Maracaibo, también zona de grandes hatos, cercanos al Puerto. De sus alrededores, igualmente, provenían las conservas o pescados salados, que deleitaban a esclavistas y esclavos del Sur, y también a blancos e indios de Acequias, Torondoy, Mucubají, Mérida, Esnujaque, Niquitao y Trujillo, La Grita, Seboruco, San Cristóbal, Ocaña y Salazar de las Palmas, por ejemplo.

Todo este conjunto de mercaderías y muchas otras se juntaban con bultos de finas sedas y encajes para la sociedad blanca montañesa. También aportaban instrumentos de labranza, vinos, aceite de oliva y un sinfín de cosas más, que por el Lago se enviaban hasta Gibraltar y hasta riberas del río Zulia. En canoas y piraguas se llevaban los objetos hasta los tablados de muchos destinos lacustres de cabotaje. Desde allí, los arreos de mulas remontarían las serranías. Gibraltar era destino y origen del tráfico de pasajeros, paisanos, soldados y funcionarios, que iban y venían, hacia y desde Mérida, Trujillo, Pamplona y Maracaibo³. A la vez, era centro negrero por excelencia, para nutrir de mano de obra a las eras andinas.

Así, pues, el progreso agrícola del sur del Lago dio alta connotación económica a estos meridianos y apuntaló a la estratégica Maracaibo, adentrándose con importancia en el bien llamado hinterland

maracaibero-andino-neogranadino. Las descripciones que del Maracaibo de entonces se conocen, denotantes de la economía zonal y de la geografía regional, resaltan que no eran sus vecinos muy dedicados a las actividades agrícolas y pecuarias, que lograsen de la agricultura resultados productivos excedentarios suficientes para transar en puntos mercantes circunvecinos. El atenuante principal de este desarraigo agrícola y pecuario de los marabinos fue la carencia de abundante agua dulce, amén de la abundante del entonces lago dulce, es decir corrientes continuas de agua para consumo humano, para irrigar sembradíos y para saciar sed de los rebaños. El caudaloso y norteño río Limón, por citar alguno, quedaba muy distante de Maracaibo.

Sin embargo, los botines cargados por los piratas, según legó Exquemeling, estaban formados, también, por la apropiación forzosa de cabríos criados en la periferia del puerto, los que se completaban con vacunos cimarrones que bajo amenazas de los invasores - con urgencia-enlazaban en predios perijaneros, también medianamente distantes del malecón de Maracaibo.

Reiteramos que era tanta la pobreza hídrica dulce de la Villa de Maracaibo, como gran calamidad, que hasta bien entrado el siglo XX. eran los “agüeros” quienes proveían del líquido a la población citadina. La extraían de pozos y jagüeyes ubicados en los sectores de Los Haticos, La Pomona, Corito y La Macandona, la que cargaban en vasijas de barro colocadas sobre burros y la mercadeaban acercaban en El Saladillo y a El Empedrado, lo que fuera zona metropolitana maracaibera de entonces. Por tanto, los tubérculos y frutas tropicales que consumían los pobladores metropolitanos provenían - asimismo- desde el pródigo corredor lacustre sureño junto con las fanegadas de semilla de cacao para exportación.

Ciertamente, Maracaibo fue el centro exportador e importador por excelencia del oeste de Venezuela, aunque lo dirigido hacia el cabotaje o hacia el mar no era mayormente producido en los predios cercanos del puerto. Casi todo lo comercializado desde Maracaibo hacia el exterior del Lago le llegaba desde el sur del Lago. Desde Maracaibo se reenviaba

casi todo lo que los Andes, venezolano y neogranadino consumían, manufacturado en la Europa no hispana, pues como bien se sabe el desarrollo de factorías en España era desde siglos casi inexistente, característica propia de una economía basada en la abundancia de metales preciosos que desde América se traían.

La actividad mercantil portuaria maracaibera permitió representativa acumulación de importantes riquezas de circulante en manos de particulares —comerciantes costeros mayoristas— como también la solidificación de una *criollez*a blanca y mestiza, bien asentada en lo económico, destacadamente culta, lectora además, de lo más significante escrito en Europa, Nueva España y el Caribe. Caracterización social zuliana esta de innegable relevancia hasta bien entrado el siglo XX.

Por otra parte, la Hacienda Real existía, lógicamente, en esta Provincia de puerto importante, la cual recaudaba el producto de las tasas fiscales señaladas para el comercio por caminos - alcabala - y por concepto de cabotaje lacustre. No obstante, las recaudaciones de la plaza de Maracaibo, según representaban los oficiales de Hacienda a sus superiores en la Península, apenas alcanzaban para remunerar a los empleados públicos y para sostener la menguada fuerza militar de San Carlos. Por preceptos monárquicos legales, las inversiones públicas en edificaciones civiles y militares correspondían fundamentalmente al gobierno metropolitano. Debe destacarse, por ende, que los maracaiberos no contaron, casi nunca, con el aporte fiscal de la corona, suficiente, que permitiera levantar adecuadas defensas militares en la entrada del Lago. En consonancia, el secundario puerto de Maracaibo, consiguientemente, sería endeble ante las continuas acometidas expoliadoras de los demonios del mar, quienes supieron beneficiarse con creces de ello con amplias ventajas.

Mientras los mercaderes portuarios pasaron a constituir un estado llano gobernante local, poderoso y atesorador de riquezas, un tanto igual sucedió con los latifundistas, esclavistas, cultivadores y mercaderes de Gibraltar y de las comarcas cercanas. El grueso de sus beneficios

pecuniarios lo remitían - para resguardo - a sus familias asentadas en las villas montaÑeras de Trujillo y Mérida, del Táchira y de Pamplona. Por su parte, capellanías, obras pías y rosarios de consagración por el alma de los difuntos, acrecentaron doblones de oro y mucha moneda de plata en los conventos católicos radicados en las principales urbes de la cordillera. El ejecutamiento de deudores a causa del préstamo en usura, muy condenado por la jerarquía católica respecto a los laicos, pero frecuentemente practicado por los preladados de estos lares, sin riesgo alguno de excomuniación, hizo también dueÑos a los conventos de inmensas propiedades agrícolas y pecuarias, diseminadas en muchos sitios de los Andes. Cuando los filibusteros ataquen la zona lacustre, no solo arrollarán al debilitado ejercito español sino que saquearán las arcas públicas, expoliarán a los vecinos acaudalados y profanarán las iglesias católicas para apropiarse de los ornamentos y de los caudales atesorados por los priores y abadesas, durante sus actividades non espirituales.

La presencia filibustera en el Lago

Aunque la Historia muestra oportunidades en que las defensas militares españolas apostadas en las costas venezolanas, muchas veces apoyadas por los propios vecinos, lograron resistir los embates de los filibusteros de otras latitudes, les derrotaron en tierra o les hicieron reembarcarse hacia la mar, en jurisdicción lacustre no se dieron muchos casos de rechazo a las arremetidas de los extranjeros, como tampoco haberles derrotado o puesto en fuga por acción defensiva marítima o terrestre. Entre las exitosas pueden citarse excepto las experiencias disuasivas marabinas contra Gerritzs, pirata de los Países Bajos, en 1641 y contra Jackson, pirata de Inglaterra, al siguiente año. Es decir, la región lacustre estuvo siempre a merced de las acometidas de los invasores, liderados por arrojados capitanes, comandantes de numerosa flota mejor armada que los disminuidos soldados y habitantes acá asentados. La estrategia defensiva de Gibraltar, por ejemplo, era responsabilidad del gobierno de Mérida y La Grita, a pesar de que para el puerto de Maracaibo

el asentamiento sureño era de vital importancia estratégica comercial, condición que sí le otorgaban los gobiernos provinciales de las cumbres andinas.

A continuación referimos las más cruciales experiencias conocidas en la región lacustre, practicadas por las huestes de invasores contra los ocupantes de ella, exponiéndolas - según el curso del pirata líder - a fin de coincidir las con algunas de las actitudes contrarias a España asumidas en el Caribe por las coronas europeas rivales de su Imperio en uno u otro tiempo.

Incursión Holandesa: Registra Luis Britto García en su densa obra “Demonios del Mar. Piratas y Corsarios en Venezuela, 1528 - 1727”, la actividad de los filibusteros contra Maracaibo y otras localidades ubicadas en las riberas del Lago de Maracaibo, desde la cuarta década del siglo XVII. Nos atenemos a su cronología y a su diferenciación de orígenes para nuestra exposición.

En Octubre de 1641, por ejemplo, el gobierno del nuevo gobernador holandés residente en Curazao, Jan Claesoon Van Campen, despachó una flota de cuatro buques y dos chalupas hacia el Golfo de Venezuela, comandada por el capitán Heydrick Gerritsz, también llamado por sus víctimas Henry Gerard. Sin dificultad los navíos holandeses salvaron la Barra, obstáculo natural existente donde el Lago y el Mar Caribe se comunican. Allí, las débiles defensas emplazadas en el cercano Castillo de San Carlos no le detendrían. Frente a Maracaibo pasó airoso rumbo al sur. Desembarcó hombres en los lugares llamados Somocoro y Mocoro y, visto el escaso botín, prosiguió Gerritsz hacia Gibraltar, provincia de Mérida. El gobernador andino, Felix Fernández de Guzmán, estante al momento en aquel lugar pero sin los adecuados recursos bélicos para afrontar invasores más numerosos y mejor equipados, comandó el éxodo de la población gibraltareña y ordenó incendio de las edificaciones, justo cuando los flamencos procedían al desembarco. Sin embargo, los invasores lograron capturarle una de sus embarcaciones, cuyos tripulantes y cargamento pasaron como rehenes y botín, respectivamente, de los

captadores. Asimismo, se apropiaron de las imágenes sacras del convento no incinerado por Fernández de Guzmán, más 300 sacos de tabaco proveniente del Estanco de Barinas que llegaba al sur lacustre traspasando páramos trujillanos. A finales de mes, la flota filibustera retornó hacia Maracaibo donde se habían emplazado las fuerzas militares artilladas españolas junto con los vecinos, para contrarrestar el casi innegable ataque que la flota de Gerritz - de seguro - acometería a su retorno desde Gibraltar. De manera audaz el holandés quiso evitar la conflagración y propuso a los hispanos pagar rescate, lo que impediría su desembarco, beligerancia y consiguiente saqueo de la ciudad. No obstante, el teniente de capitán Francisco Cameles Briceño, comandante de la defensa portuaria, respondió al invasor holandés con enérgico escrito, amenazando con destruirle militarmente en tierra, por lo que éste prefirió levar anclas y dar velas a sus naos, desesperanzado de lograr adicional botín, que en el sur tampoco le había sido abundante. Recalca Britto García, que las tropas alistadas por el gobernador de Caracas, Ruy Fernández de Fuenmayor, armadas con gentes de Carora, El Tocuyo, Barquisimeto y Trujillo, más 500 infantes e indios reclutados en el Valle de Caracas, contingente defensivo vehemente clamado por los marabinos, desde cuando Gerard surcó hacia el sur. Para su infortunio, los defensores no llegaron a tiempo para actuar en su apoyo, pues los holandeses ya habían saqueado a Gibraltar y más tarde parlamentarían con Cameles en Maracaibo y emigrarían.

Fernández de Fuenmayor vendría a Maracaibo pocos meses después, en son de guerra contra los curazoleños. Acá organizó expedición de reconquista española de las islas caribeñas, usurpadas por La Haya. En difícil trance logró ocupar a Bonaire, desde el 5 de octubre de 1642. Los habitantes de ésta huyen hacia Curazao y dejan a los hispanos la versión de que el agua dulce de los pozos de la isla había sido previamente envenenada. Ello aumentó el temor de los hombres de Fernández de Fuenmayor, temerosos ya de contraataque holandés. El capitán de la reconquista reúne a soldados y oficiales, en asamblea

decisoria, para dilucidar sobre la permanencia en Bonaire o el regreso a tierra firme. Se optó por lo último y a mediados del mismo mes, Fernández ordenó incendiar las pocas edificaciones existentes en las antiguas salinas de la isla, usufructuadas por los holandeses hasta su desembarco, así como también sacrificar todos los caballos utilizados para hacer mover las maquinas molidoras del grano. Finalmente, levó anclas y dirigió los navíos hacia La Guaira. Acerca de esta reconquista fallida, Felice Cardot escribió: “...el Gobernador Fuenmayor tuvo que considerar imprudente acometer con gente acobardada facción tan grande⁴”.

Al mes siguiente, Peter Stuyvessant, capitán que sucedió al gobernante Van Campen, fallecido en Curazao, ordenó a su oficial Jacobe que asolar el litoral venezolano, comenzando por Puerto Cabello, lo que éste hizo con gran éxito. Así vengó, en parte, la osadía del valiente Fernández de Fuenmayor. En Diciembre de 1641 Stuyvessant, personalmente, ocupó Coro de donde llevaría como botín, para la ínsula, más de dos mil animales vacunos, ovinos y caprinos, a manera de compensación de la venganza por el sacrificio de las bestias ordenada por Fernández de Fuenmayor, como ya se comentó.

Incursión Inglesa: En Diciembre de 1642, el marino británico William Jackson adentró la Barra, logró transponerla con solo parte de su flota, pues las naos mayores, de gran calado, no pudieron avanzar millas más hacia el Lago. Venía de correrías poco exitosas en Margarita, La Guaira y Puerto Cabello, punto éste desde donde partieron emisarios para avisar a Maracaibo de su presencia en las costas venezolanas. Estaban sobreaviso, pues, vecinos marabinos y soldados hispanos del probable ataque, por lo que lograrían esconder muchas de sus pertenencias. Un mes duraría el sitio de esta capital. Como resultado, escasamente hizo Jackson acopio de pocas cantidades de tabaco, cueros y azúcar. Sin embargo, los pobladores accedieron a entregarle rescate de diez mil pesos para que no cumpliera su amenaza de incendiar la ciudad. Luego, se desplazó hacia Gibraltar, la cual saqueó sin que el Gobernador de Mérida, Félix Fernández de Guzmán, pudiera impedirlo.

Mientras ello sucedía, Fernández de Fuenmayor llegaba a Maracaibo con tropas limitadas en cuanto a número y armamento. Establece comunicación escrita con Jackson, proveniente del sur, solicitándole se retire de estas aguas o que desembarque para dilucidar combates. Finalmente, el inglés optó por navegar y continuar con sus tropelías atacando a Cartagena de Indias⁵.

John Harry-Henry Morgan: Destacado, a la par de Walter Raleigh y de Francis Drake, sus connacionales, por arrojo y por éxitos como piratas, éste inglés actuó en la región lacustre de manera muy especial, según las memorias de Exquemeling y de acuerdo a los registros documentales existentes en archivos hispanos.

Antes de referir sus acciones depredadoras en este medio, indiquemos que Morgan, personaje nacido en Gales en 1635, llegó a ocupar el cargo de Gobernador de Jamaica (1681-1684) con especial mandato de perseguir, en nombre del soberano, a quienes ejercieran la piratería marítima. Esto lo hizo, también, con indiscutible saña. Después, se dedicó a la embriaguez consuetudinaria, desorden e “*incitación a la desobediencia contra el gobierno*”, según anota Manuel Lucena Salmoral⁶. Murió en 1688, en la misma isla, ostentando el título de *Sir* que le otorgara el soberano Carlos II, por sus servicios mercenarios prestados a la corona londinense. Su mayor acción fue la toma de Panamá (1670), según Haring, citado por Lucena S⁷.

A Morgan sirvió Alexandre Exquemeling como cirujano de a bordo y le acompañó durante varias correrías. En sus memorias le llamó “*Caudillo de Piratas*”. Respecto a lo logrado en Panamá, anotó: “*el 24 de Febrero del año 1671, dejó Morgan la ciudad de Panamá, o, por mejor decir, el lugar donde estuvo dicha ciudad, de cuyos despojos llevó consigo ciento sesenta y cinco jumentos cargados de oro, plata y otras cosas preciosas como mujeres, criaturas y esclavos*”⁸. Britto García agrega que el precio pagado por Panamá) fue “*260.000 escudos*”⁹.

En cuanto a la depredación en la región lacustre, ocurrida en Marzo de 1669, se conoce que Morgan arribó a estas costas proveniente

de Aruba, convencido por el filibustero francés Pierre Picard, (Pedro El Picardo), respecto a que acá encontrarían abundantes riquezas, pues era él buen conocedor de la zona.

No le fue fácil a Morgan su desembarco en Maracaibo debido a la inusual resistencia militar y a la manera resuelta que se le opusieron los vecinos. Gracias a la superioridad numérica de sus hombres y a la mejor artillería de su uso avanzó triunfalmente sobre la posesión. Para lograr saqueo recurrió a las más crueles torturas contra prisioneros. Exquemeling, resumido por Britto García, (pág.43) estableció que:

“...los asaltantes ocupaban edificaciones vacías: las mejores casas y la iglesia... una partida de cien filibusteros captura en los alrededores una treintena de mujeres, hombres y niños, y cincuenta mulas cargadas. Para obligar a los prisioneros a descubrir sus riquezas, los golpeaban con palos, les dan tratos de cuerda, los queman con mechas ardientes entre los dedos, les agarrotan coeas en el cráneo hasta hacerles saltar los ojos. Todos se dicen pobres, y juran que los ricos se han puesto a salvo en Gibraltar. Otra partida se extravía por las malas informaciones del guía, al cual cuelgan en un árbol. Cuando capturan dos esclavos, uno se deja cortar vivo en trozos sin denunciar el paradero de sus amos; el otro resiste al tormento y a la promesa de la libertad, sólo confiesa al ver los restos palpitantes de su compañero. Gracias a lo cual prenden al amo con una vajilla de plata, que vale 30.000 escudos”¹⁰.

Instado Morgan nuevamente por El Picardo a navegar hasta Gibraltar, lugar por él muy conocido pues tres años antes allí había estado en correrías con David Naú, *El Olonés*, se dirigió hacia el sur encontrando el poblado casi desolado, por lo que procedió a capturar y torturar a esclavos que no habían huido con sus amos y a algunos blancos que se habían rezagado en la partida, ordenada ésta por la autoridad merideña cuando se supo de la presencia de los filibusteros en Maracaibo. López Rivas apoyado en la traducción personal suya de la obra de Exquemeling, dice acerca de Morgan: *“Después de quince días de pillaje por los alrededores de Gibraltar volvió a aquella, cargado de botín y con gran número de*

prisioneros a quienes obligó a pagar rescate, durante su ausencia había llegado el destacamento del Río Zulúa, (enviado allí por Morgan, atendiendo las delaciones de los torturados), con las embarcaciones cargadas de fugitivos con su dinero y ropas. Cinco semanas había permanecido Morgan en Gibraltar; durante ese tiempo taló quince leguas a la redonda sin perder un hombre siquiera, tal era el pánico de los españoles!... Como Gibraltar había sido reedificada después del saqueo de L'Olonnais, los habitantes no queriendo ver consumir por el fuego la flamante población, pidieron tiempo a Morgan para reunir el rescate. Les concedió ocho días, ocurridos los cuales, debían llevar el rescate a Maracaibo; y se hizo a la vela para aquella ciudad donde llegó tres días después, con los principales vecinos de Gibraltar que llevaba como rehenes”¹¹. Concluyó así el martirio iniciado en Gibraltar desde que Morgan y su gente desembarcaron el 21 de Marzo de 1669.

El retorno desde la sureña posesión se hizo el 23 de Abril. En Maracaibo y en la Barra esperarían a Morgan difíciles momentos, pues la Armada española había anclado y les esperaba en estos lugares mientras ellos hacían saqueo de Gibraltar.

consecuencia de la depredación de Portobelo, jurisdicción del actual Panamá, ejecutada poco antes por piratas anglosajones, la corona española preparó una flota de seis buques de guerra para ajusticiar a los involucrados que localizara en América. Simultáneamente, la Majestad Británica manifestaba a la cancillería española no tener control, ni autoridad, sobre sus connacionales que atacaban las posesiones de ultramar de su ahora aliada España; es decir, negaba haber dado patente de corso a Morgan y otros más.

La escuadra íbera que recorría el Caribe estaba al mando del Almirante Agustín de Bustos. Cuatro de sus naos se separaron de un convoy de seis, en búsqueda de Morgan, entonces sito en el Lago de Maracaibo. Al mando de los perseguidores del galés quedó el Vicealmirante Alonso del Campo y Espinoza, comandante de 600 marineros, bien artillados con más de cincuenta piezas, emplazadas en tres naos, pues una pequeña naufragó durante la travesía desde Santo Domingo. Con estos recursos bélicos bloquea el paso de Morgan a través

de la Barra. Sin embargo, Del Campo y Espinoza recibe de parte del filibustero una petición de rescate para no incendiar a Maracaibo como también expedita salida hacia el mar. El 24 de Abril de 1669, el Almirante responde: *“Mi intención es disputaros la salida del Lago y seguïros por todas partes, a fin de mostraros cual es mi deber. No obstante, si queréis devolver con humildad todo cuanto habéis tomado, así como todos los esclavos y otros prisioneros, os dejaré salir benignamente...”*¹².

Morgan lee la misiva a sus subordinados y, en colectivo, se discuten las acciones a tomar. La resolución es negativa: los extranjeros deciden enfrentar al oficial español. Logran su cometido mediante la estrategia del acercamiento de una nao tipo brulote, cargada con explosivos, hasta las cercanías del poder de fuego de la armada hispana. Contra el pequeño navío no se previenen los españoles y al hacer contacto éste con uno de los buques de Espinoza se produce gran explosión; a las volandas, el marino hispano y su gente logran escapar. Ahora sólo le quedan dos barcos para enfrentar a Morgan. Éste y sus hombres, en el ínterin, en tierra reparten entre sí lo pillado y deciden salir del Lago, con intención de enfrentarse bélicamente a los españoles, si fuere necesario. Simulan un desembarco parcial de marineros que atacarían por tierra al Castillo de San Carlos, base de los defensores españoles, por lo que el oficial hispano hace desembarcar de sus naves las piezas de artillería y se apresta a combatirles la invasión en la playa. Entonces, Morgan sorpresivamente ordena levar anclas y dar velas a sus navíos, reembarca en trájín a los supuestos atacantes, cubriéndose dentro de los manglares y busca salir del Lago, frente al desconcertado y burlado oficial español,. Éste —desde su bastión— apenas puede ordenar se le cañonee, sin consecuencias mayores para la huidiza flota inglesa. Así, Morgan gana airoso el Caribe, el 31 de Mayo de 1669.

Días después, recibe ayuda de la flota filibustera del Conde Jean d'Estrées, ejecutor desde La Tortuga, sede de *Les Frères de la Côte*, del reactivado acuerdo naval franco-anglo contra España. El inglés, casi indemne, arribará a Jamaica donde sería honrado como gentil hombre

inglés e impuesto como Gobernador de la posesión. En 1671, acometerá otra vez contra Portobelo a muy alto costo sí, pero con abundantísimo buen resultado, para satisfacción suya y de sus protectores.

En lo sucesivo, el Lago vería surcar sus aguas y atacar a sus ribereñas poblaciones por naos y tripulantes de otras nacionalidades, como antes de Morgan, también había acontecido. López Rivas indica que el botín repartido pocas horas antes de la burla a Del Campo y Espinoza, ascendió en metal acuñado y joyas a “250.00 pesos, sin contar las mercancías de todas clases y los esclavos que fueron repartidos entre los ocupantes de los buques piratas, proporcional al número de las tripulaciones”¹³. Entre luchas y extravíos en Gibraltar Morgan sólo perdió unos setenta hombres, registró en sus escritos el cirujano Exquemeling.

Incursión Francesa: Los galos también hicieron correrías en la región lacustre resaltando que fueron, tal vez, los más osados. Uno de ellos logró atravesar las montañas andinas y posesionarse durante varias semanas de la ciudad de Trujillo¹⁴. La ferocidad aplicada contra los vecinos españoles, atacados durante sus empresas, les hace comparables al terror de Henry Morgan, según el criterio de Manuel Lucena Salmoral, quien atribuye también al Olonés la puesta en práctica, con mucho éxito, de la modalidad de ataques a posesiones españolas en América, empresas menos riesgosas que las acciones contra barcos españoles, mercantes y militares, formados en convoyes (aprovisionados, casi siempre, de metales preciosos provenientes de las vetas americanas), como era preferencia del holandés Edward Mansvelt, o Monsaford, antecesor y formador en filibusterismo de Henry Morgan. Refiriéndose a las felonías de los franceses, Bancroft citado por López Rivas en *El Zulia Ilustrado*, Nº 20, Julio de 1890, dice que su “ferocidad natural ...casi nos prohibe clasificarlo entre la raza humana... Montbars era un demonio con el juicio transtornado; L'Olonnais un archidemonio sin alteración alguna en sus facultades”¹⁵.

Dicho lo anterior, destacamos a David Naú, llamado *El Olonés*, nacido en Francia hacia 1630. Arribó al Caribe a los veinte años de edad y prontamente se integró como aprendiz a la cofradía de

filibusteros franceses que existía en la isla La Tortuga, conocido como *Les Frères de la Côte o Hermandad de la Costa*, protegido por la autoridad gala de ultramar. Respecto a este pirata, todos los autores consultados se remiten a lo expuesto por Exquemeling, quien sirvió bajo sus órdenes antes de hacerlo con Henry Morgan. Su primera aventura ocurrió durante el frustrado ataque pirata a Campeche, Nueva España, en 1668. Allí, una tormenta hizo naufragar la nao capitana, donde él viajaba, procediendo los españoles a capturarla frente a la costa, de inmediato, no sin antes enfrentarse a los filibusteros. Naú fingió estar muerto, luego de ser herido en combate. Del lugar huyó hacia un bosque; con diversas artimañas robó una embarcación y llegó a La Tortuga para, luego, proseguir a Los Cayos, Isla La Española, donde asaltó un barco armado por el Gobernador para resistir a piratas; sacrificó a sus tripulantes y se apoderó de dos navíos más. Con estos se dirigió hacia Maracaibo.

Durante el periplo encontró una nao mercante con *“mucha plata y muchas mercaderías y que iba a comprar cacao”*. Con todo ello, torció rumbo hacia La Tortuga. Acá se encuentra con Miguel el Vasco, o Basque, o El Vascongado, quien le aconseja dirigirse al Lago de Maracaibo, pues él y dos franceses que le acompañan conocen *“al dedillo el difícil paso por la Barra...”*, afirma Britto García. Zarpó con seis barcos, teniéndose él mismo como capitán de la nao mayor, armada con diez cañones. Logró en la mar posesionarse de dos navíos españoles más, que le aportaron buen cargamento. Eran barcos más grandes que los suyos. Uno de ellos contentivo de cacao que Exquemeling connotó como *“La cacaoyera”*, y flete que valoró en más de 180.000 libras francesas. Éste lo remitió a La Tortuga para que le resguardase el gobernador francés, su protector. El otro, cargado con mucho armamento que iba hacia Santo Domingo, lo hizo corso suyo. El gobernador retribuyó al Olonés con el reenvío del mismo barco, tripulado por nuevos filibusteros armados, reemplazantes de los heridos durante el abordaje de los dos navíos hispanos, antes referenciados. Ahora Naú, más presto, atacaría a Maracaibo con siete

barcos, tripulación de 440 hombres bien pertrechados y más de treinta cañones como artillería.

Hizo escala previa en Aruba, para avituallamiento, y cayó un amanecer sobre la Barra, desde cuyo cercano castillo hicieron los españoles el disparo de advertencia de peligro a la población marabina. La defensa del San Carlos resultó débil en el accionar acción de los doscientos cincuenta soldados que lo guarnecían. L'Olonnais descendió con su gente e hizo degollar a toda la milicia hispana a fin de apoderarse de su armamento. A continuación, su paso se hizo franco hasta Maracaibo, ciudad que tomaron con gran facilidad cuyos habitantes huían hacia las periferias, creyendo —en vano— no ser perseguidos por los filibusteros. Después de saquear almacenes repletos de mercancías, hubo festejo de los piratas durante quince días. De seguidas, se aprestaron los invasores para navegar hacia el sur, para continuar su correría.

Su arribo al puerto merideño de Gibraltar, tres días después, se hizo en medio de duro combate pues la población había sido fortalecida por vecinos y por la guarnición militar andina, una vez recibidas noticias de la presencia filibustera en Maracaibo. El resultado de la batalla, refiere Southey, en cita traducida por Eduardo López Rivas fue: “...como 500 españoles perecieron, 150 cayeron prisioneros, además de 500 esclavos entre los cuales había muchas mujeres y niños. De los filibusteros murieron 40 y quedaron heridos 80...”¹⁶.

Los invasores vencieron la dura resistencia y pasaron a buscar el botín. En el lugar permanecieron durante seis semanas, discutieron la posibilidad de proseguir hacia Mérida, cuyo gobernador había muerto en batalla defendiendo a Gibraltar. Lo obtenido fue poco y el rescate pedido a los vecinos no se consumó, por lo que Naú ordenó el incendio de la población antes de regresar a Maracaibo. Llegado acá exigió, también, rescate a los aterrados vecinos que presagiaban su retorno. Éstos, le entregaron 500 reses vacunas cimarronas perijaneras que fueron beneficiadas, pues El Olonés así lo demandó para avituallarse, mientras esperaba durante ocho días la consignación del rescate en numerario.

Ordenó, entretanto, destruir las iglesias previa recolección de sus ornamentos, cuadros, esculturas, campanas y cruces, ya que con ellas dotaría un templo católico a edificarse en La Tortuga, comentó Exquemeling.

Logrado lo demandado, Naú ordenó la retirada. Arribaría con su gente a la pequeña isla de Gonaïves, cerca de Haití, donde se hizo el reparto del botín: más de 260 mil escudos en joyas y plata, tabaco valorado en más cien mil libras francesas, amén del producto de la venta en almoneda de los esclavos apresados en Gibraltar. Muchos de sus marineros regresaron a Francia con enormes fortunas, mientras el gobernador insular, D'Ogeron, recuperaba sus gastos gracias al valor del cacao que “*se le entregó por orden del Olonés*”, concluye López Rivas.

Luego de tan provechosa correría, Naú reanudó sus feroces ataques contra otras bases españolas ubicadas en Centroamérica hasta que para su mala fortuna naufragó en el Golfo de Darién. Cayó en manos de unos *indios bravos*, como los calificó el cirujano flamenco, quienes le descuartizaron, le asaron y le comieron entre todos¹⁷.

Miguel El Vasco y Montbars: Apenas una breve reseña hace Britto García de estos ex-acompañantes del Olonés, señalando que obtuvo rescate en Maracaibo en 1667, bajo amenaza de degollina a sus habitantes y prosiguió a “*disfrutar su botín en La Tortuga*”. Igual sucede con el caso de Montbars, llamado *El Exterminador*, a quien Britto García incluye entre los miembros de la “*leyenda*”; es decir, el sí o el nó. Relaciona su actuación a la de Morgan, según concluye de las descripciones elementales hechas por Maurice Besson (*Les Frères de la Côte: Flibustiers et Corsaires*, París, 1928), de Briceño-Iragorry e inclusive de Exquemeling, llamado Henry Smeek por Lucena Salmoral, en consideración a la primera edición de las memorias del flamenco, en 1688. Más ambiciosamente, la información relativa a El Vasco y a Montbars se dilucidaría examinando el texto de Hubert Howe Bancroft *History of Central America*¹⁸. Se advierte que Lucena Salmoral, Cartay, Hernández Ubeda, Britto García y Briceño-Iragorry no citan a Bancroft dentro de las muy bien fundamentadas

bibliografías de sus estudios acerca de filibusteros en el Caribe. Igualmente, obviaron el trabajo de Pierre-Francois Xavier Charlevoix; jesuita francés, fallecido en 1761, titulado *Histoire de L'île espagnole ou Sainte Domingue*, también consultado y traducido - para su uso - por López Rivas, de su versión original¹⁹. En síntesis, los autores por nosotros consultados formularon sus breves criterios acerca de Montbars de acuerdo a lo expresado por Exquemeling, complementando sus aseveraciones con los aportes de Clarence Haring, *Los bucaneros del siglo XVII en las Indias Occidentales*²⁰, entre otros especialistas.

Francois Grammont De La Motte, llamado Agramont por los españoles, según Lucena Salmoral: Pirata, parisino nacido en 1625, del temple rudo de Morgan, ejerció muchos años como máxima autoridad de la *Hermandad de la Costa*, sita en la isla de La Tortuga, predios de La Española. En Julio de 1678, forzó con muchos agravantes su paso a través de la Barra para luego desembarcar en Maracaibo. Más tarde, avanzó hasta Gibraltar y se desplazó hasta Trujillo, localidades todas que saqueó e incendió antes de retirarse de esa región. A su retorno a la isla de Petit-Goâve, jurisdicción del actual Haití, en Diciembre del mismo año; según Lucena Salmoral apenas logró contar botín de 150.000 pesos, casi similar al costo de la prolongada correría suya por las costas lacustres²¹.

Este pirata, al servicio de los designios del Rey Sol, junto con Jean D'Estrées, se constituyó en fuerte competidor de los filibusteros ingleses que cruzaban frecuentemente el Mar Caribe. Se interesó por ingresar al Lago, de acuerdo con la versión de Britto García, pues le pareció la "*opción más apetecible atraído por el botín de cacao, cueros y esclavos*"²². Al Lago ingresó cuando la ciudad estaba bajo el mando del Capitán General de la Provincia de Mérida y La Grita, Jorge Madureira Ferreira, quien había anexoado este puerto a la Nueva Granada por orden del Virrey de Santa Fé de Bogotá.

Grammont atacó y el ocupante andino despejó la ciudad para no enfrentarlo con sus pocos soldados, manteniéndose en las cercanías del lugar hasta la partida final del invasor. Esta acción estimuló a los

piratas para navegar hasta Gibraltar, luego del consabido saqueo de Maracaibo. En el sur encontraron desierto el sitio, de población y de guarnición. Desde acá decidieron avanzar hacia la montaña, desplazándose en sentido Escuque–Motatán–Sabana Larga–Trujillo. Cuando hicieron su entrada a Matriz, los soldados y residentes provinciales españoles —habían emprendido el éxodo. Sin embargo, muchos retardados vecinos cayeron irremisiblemente— en manos de Grammont y de sus hordas. Con ellos estaría Exquemelíng, de nuevo, actuando como médico. Su escrita memoria permite a los historiadores López Rivas y Briceño-Iragorry describir, minuciosamente, la larga estadía de Agramont en estos parajes. El zuliano, en particular, resume así las atrocidades cometidas por el francés: *“esta vez, aunque fue menor el número de víctimas, porque el espanto que causaba su solo nombre era tan grande, que ciudades y caminos quedaban completamente desiertos; hubo, sin embargo, las mismas atrocidades que ya hemos narrado al hablar de O’lonnais y de Morgan”*²³.

Coinciden López Rivas, Charlevoix, Briceño-Iragorry y Lucena Salmoral en que para sus intereses de salteador poco fue lo que como botín logró Grammont. No obstante, los daños causados a las tres ciudades fue de gran cuantía. Además de lo ya señalado como arrebato por los piratas en esta incursión, llevaron cargamentos de maíz, trigo, tabaco, lana, chimó y aguardiente, más los agregados de ganado menor, lana, crucifijos e imágenes y dinero de las iglesias. Sólo las monjas dominicas del convento Regina Angelorum y el sacerdote francés, regente de la orden gala de la Tercera, ambos establecimientos católicos de Trujillo, lograron salvar algunos bienes, evitando el total sacrilegio de los invasores. Charlevoix, el jesuita galo, estimó los daños conjuntos en más de dos millones de libras francesas.

Estas nuevas depredaciones hicieron que el gobierno del virreinato neogranadino, con aprobación de la Audiencia de aquella ciudad, destinara cuantiosos recursos iniciales para que se reconstruyese el Castillo de San Carlos, pues la provincia de Maracaibo estaba ahora bajo el mandato del ya nombrado anexionista Gobernador de Mérida y La Grita. Dichos trabajos concluyeron muy tarde, en 1783, acota Britto

García, citando los especializados estudios de Graziano Gasparini, relativos a fortificaciones hispanas en el Nuevo Mundo.

Párrafo final

Las correrías de los piratas en las costas venezolanas continuarían durante varias décadas más, lo que puede confrontarse en estudios sobre el tema, pero no se tienen noticias acerca de otras incursiones en la región lacustre después de la acción depredadora de Grammont.



Desnudo. Pintura del artista Mateo Manaure. Tomada de José Nucete Sardi. *Notas sobre la Pintura y la Escultura en Venezuela.* Ediciones González, Caracas, 1957, p. 123.

Notas y Bibliohemerografía

- ¹ Alexandre-Olivier Exquemeling, *Piratas de América*, Barcelona, 1982 p. 25.
- ² Los más importantes eran, sin duda, Maracaibo, Gibraltar y Moporo, ambos últimos sitios al sur y oriente del Lago, respectivamente. También las ribereñas del río Zulia y costas del río Escalante, hacia el suroeste del estuario.
- ³ En las secciones *Mortuorias* y *Protocolos*, localizadas en el Archivo General del Estado Mérida, con datas desde el siglo XVI, se encuentran detallados los bienes materiales legados por vecinos de sus villas, testados o no. Al confrontarse las relaciones de estos bienes se encuentran variados géneros de mercancías, de uso diario, ocasional o de fines ornamentales, para personas o para viviendas, o para el campo, que eran de manufactura europea
- ⁴ Luis Britto García, *Demonios del Mar. Piratas y Corsarios en Venezuela, 1528-1727*, Caracas, Fundación Francisco Herrera Luque, 1998; p. 419.
- ⁵ Rafael Cartay Angulo dice en *Ideología, Desarrollo e Interferencias del Comercio Caribeño durante el siglo XVII*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1988 (pp. 161 y 230) que esta centuria “es la edad de oro del filibusterismo. Aunque algunos corsarios ingleses se destacaron por sus tropelías en el Caribe, como John Coxon, William Jackson, Bartholomew Sharp, John Popham, Richard Sankins, Basil Rigrose, Edward David, y particularmente el famoso Henry Morgan, el escenario se copa por las hazañas de los filibusteros franceses y holandeses”. En cuanto a Jackson anota que saqueó a Maracaibo, logrando un cuantioso botín (10.800 patacones, 40 piezas de artillería, etc), sin indicar qué se desposeyó a los gibraltareños.
- ⁶ Manuel Lucena Salmoral: *Piratas, bucaneros, filibusteros y corsarios en América*, Caracas, Grijalbo, 1994; p.211.
- ⁷ Manuel Lucena Salmoral: *Piratas, bucaneros, filibusteros y corsarios en América*, Caracas, Grijalbo, 1994; p.211.
- ⁸ “La expedición a Panamá nunca ha sido superada en cuanto a lo notable de la dirección y arrojo temerario; sólo mancharon su brillo la crueldad y rapacidad de los vencedores, tropa reclutada sin paga, de escasa disciplina e irrefrenada, si no estimulada en sus atrocidades por el mismo Morgan”. M. Lucena S., Op. cit., p.247.
- ⁹ L. Britto G., *Op. Cit.*, p. 200.
- ¹⁰ L. Britto G., *Op. Cit.*, p. 243.

- ¹¹ *El Zulia Ilustrado* Nº 33, Julio de 1891.
- ¹² A. O. Exquemeling, citado por L. Britto G., *Op. Cit.*, pág. 475.
- ¹³ *El Zulia...*, ídem.
- ¹⁴ Registra Britto García el saqueo de Maracaibo y de Gibraltar por parte de L'Olonnais y Michael de Basques, en el año de 1665, aunque José Hernández Ubeda en *Piratas y Corsarios, de la antigüedad a los inicios del mundo contemporáneo*, Madrid, Ediciones temas de Hoy S.A., 1995; indica que el suceso aconteció en 1668 y como botín llevaron “*más de trescientos sesenta mil piezas de a ocho reales*” (p. 430).
- ¹⁵ *El Zulia...* Los datos de esta obra son: Thomas Southey. *Chronological History of the West Indies*, Londres, Longman-Rees Editores, 1827, 3v.
- ¹⁶ *El Zulia...* Los datos de esta obra son: Thomas Southey. *Chronological History of the West Indies*, Londres, Longman-Rees Editores, 1827, 3v.
- ¹⁷ Aunque José Hernández Ubeda (*Op. Cit.*) y Lucena S. (*Op. Cit.*) afirman que el ataque del Olonés a Maracaibo y Gibraltar sucedió en 1668, Britto García nos parece impreciso cuando señala que Naú atacó esta región en 1665 y también en 1668. Consideramos que, en efecto, las correrías de Naú en el Lago acontecieron durante 1665, en atención a la parte introductoria que hace López Rivas en su escrito, refiriendo las acciones de Morgan, según aparece en el Nº 30 de *El Zulia Ilustrado*. Tomamos en cuenta, en consonancia, el texto de Britto García, (*Op. Cit.* p. 469), donde refiere la actuación de El Vasco: “*Apenas dos años después de la invasión de Jean Naú, Miguel El Vascongado, su flamante capitán de las fuerzas de tierra, cae sobre Maracaibo al mando de una nueva expedición*”. Por su parte, Morgan ejecutó saqueos en el Lago durante 1669, como anteriormente se indicó.
- ¹⁸ Para datos técnicos sobre el texto de H.H. Bancroft, véase la cita 15, precedente.
- ¹⁹ De igual manera, mediante búsqueda en Internet, el texto de Pierre Charlevoix en referencia se localizó en la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos, pero en la traducción española. Fue editada en Santo Domingo, año de 1977.
- ²⁰ M. Lucena S., *Op. Cit.*, p. 409.
- ²¹ L. Britto G., *Op. Cit.*, p. 509
- ²² *El Zulia Ilustrado*, Nº 38-39, Diciembre de 1891
- ²³ *Idem.*